





Escribe Filebo

000159792

Las Últimas Noticias 21/02/1988

Historia Social de Chile y América



Rolando Mellafe, Premio Nacional de Historia.

EN los días del liceo —al igual que Patricio Aylwin, también soy “bajo del liceo”; es decir, estudiante con padres de recursos económicos limitados— tuve un profesor de historia que se solizaba recitando en cada clase, no sin un sí es no es de zumbra, las páginas de Frías Valenzuela. Su lección para la clase siguiente consistía en hacernos recitar, por turno, a Frías Valenzuela. Como los textos de Frías Valenzuela abundaban, pasábase de flojo el que no aprendía sus lecciones de memoria. Confieso humildemente: el procedimiento de enseñanza me aburría. De puro rebelde —rebelde lírico— me obstinaba en engrasar la fila de los flojos. El profesor de marras, aparte su pedagogía cómoda, ostentaba una virtud: era cómico. Sabía mover las orejas, las propias, sin esfuerzo especial de los músculos de la cara y sobla y bajaba el sombrero en su cabeza desechando la ayuda de las manos. Originalismo de personalidad (sus “calduchos” fueron los mejores a que asistí en mi vida), no ejerció, sin embargo, huella notable en el estímulo de mis apetitos culturales.

A lo mejor, no. A lo mejor fue lo inverso. La contrariedad que despertaba en mí su método me indujo a la postre a salir, por las ventas de libros viejos instaladas a orillas del Mapocho, en busca de mi particular sustento. Consultado una vez el gran Fernand Braudel sobre la situación del historiador, respondió: “No existe un presente verdadero. Siempre se está de viaje. Todas las mañanas venimos al mundo y el historiador no escapa a esta regla. Está sumergido en una experiencia que lo persigue todos los días. El pasado sólo tiene sentido en relación con los interrogantes que nos hacemos hoy. Y los únicos acontecimientos importantes son aquellos que tuvieron alguna consecuencia y que, todavía actúan, directamente o no, sobre la vida de hoy”. Rolando Mellafe, Premio Nacional de Historia, pertenece a esta escuela, en la que se distinguen, ante el formidable Braudel, maestros de la talla de Marc Bloch y Lucien Febvre. La lectura reciente de “Historia Social de Chile y América (suplementos y aproximaciones)”, con el sello de la Editorial Universitaria en su colección El Saber y la Cultura, invita a confirmar la especie de que Chile es un país de historiadores y de poetas. Dotado de las mejores

calidades del buen ensayista y de la disciplina del investigador, Rolando Mellafe escudriña a fondo la trama del tejido histórico y social de Chile, en el amplio cuadro de la conquista americana por el Imperio Español, a través de un conjunto de ensayos que abarca desde el estudio del influjo de la agricultura en la historia colonial hispanoamericana hasta el análisis o descripción tentativa del acontecer indiano en el carácter chileno (tema, evocativos, que animaba las inquietudes del recordado Mario Gómez, pasando por asuntos nada fáciles como la función y el tamaño de la familia en la historia de Hispanoamérica o como las crisis y cambios en el origen de la sociedad chilena, siglos XVI y XVII).

Quando al “uomo qualunque”, digamos, al ciudadano craso u “hombre corriente” le hablan de la Colonia, suele imaginarse un todo compacto, una suerte de noche monolítica, alumbrada aquí y acullá por escuálidas velas de sebo. Un prepotente funcionario de la Corona impone leyes y ordenanzas y unos destemplados e impositivos “chapetones” o “gachupines” obedecen. El mestizo y el indio quedan mucho más abajo. Impera la ley del gallinero; con el perdón de los moragistas, no la de Moraga. Los conquistadores aplicaron alguna vez esta última en

su ruda tarea de apropiación —o de expropiación— que la indulgencia del eufemismo ha querido llamar “labor evangelizadora”. Pues bien, es posible que ni siquiera el genio espontáneo de don Diego Portales se librara del fantasma de esa visión nocturna al recabar en su tiempo el sosiego político por medio del “peso de la noche”.

Se equivocan mortocotadamente los que piensan que la Colonia constituyó una taza de leche. Economía agrícola y economía minera entran a menudo en colisión fatal, promediado el siglo XVIII. El conflicto por el uso de recursos naturales —apunta Mellafe, p. 103— surge desde un principio, cuando se comienzan a trabajar minas de plata y oro, de cobre y plomo en el Norte Chico y en valles y faldeos cordilleranos de la Zona Central. Por lo general estas minas estaban ubicadas dentro de haciendas ya ocupadas por productores agrícolas y, en un principio por lo menos, no fueron explotadas por los mismos hacendados propietarios. En muchos casos hubo acuerdos simbióticos que favorecieron a ambas partes. El hacendado arrendó lotes de tierras anexas a las minas, vendió alimento y otros implementos, permitió la circulación de tropillas de carga y de trabajadores, a veces también cobrando por ello (peaje?). Todo esto se estipuló en compromisos firmados ante notarios.

Pero, ¡ay!, los desacuerdos, que no faltan nunca en ninguna época, encendieron hogas que, más allá de los estrados judiciales, acabaron por llevar la sangre al río. Como anota Mellafe, “enfrentamientos entre bandos armados y con la intervención del gobernador y las milicias del lugar, que generalmente lo hicieron tomando la cuenta y bando de los hacendados”. “Resultado dramático a veces —prosigue nuestro autor—, y especialmente en el Norte Chico, la disputa por el agua y por el uso de la leña que los mineros necesitaban para las fundiciones”.

La Iglesia y el latifundio, por lo común, en aquel tiempo, marchaban de la mano. La Iglesia dependía del latifundio por el pago del diezmo, las donaciones, las dotaciones de misas, las dotes y las capellanías. A su vez, los propietarios de la tierra tenían a las órdenes religiosas y a los Cabildos Eclesiásticos como uno de los pocos recursos de créditos. El primer enfrentamiento entre latifundio e Iglesia sobre este punto se produjo en 1647, a raíz del desbarajuste económico suscitado por el terremoto que destruyó a Santiago. Esta comunidad secular de Iglesia y latifundio explica posteriormente, a juicio nuestro, el confesionalismo de los elementos pechones, tenedores ancestrales de la herencia feudal.

Historia social de Chile y América [artículo] Filebo.

Libros y documentos

AUTORÍA

Filebo

FECHA DE PUBLICACIÓN

1988

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Historia social de Chile y América [artículo] Filebo. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile